

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Salon en el Castillo.

Entran el REY, la REINA, ROSENCRANTZ
y GUILDENSTERN.

REY.

Esos suspiros, tu terrible angustia.
Algo ocultan que debes revelarme.
Y he de saber. ¿En donde está tu hijo,

REINA.

Dejadnos aquí solos un momento.
(*Vanse Rosencrantz y Guildenstern.*)
¡Qué noche, esposo mio, tan horrible!

REY.

Habla, Gertrudis. Di: ¿qué ocurre á Hamlet?

REINA.

Demente está, como la mar y el viento
Cuando disputan en su acceso loco.
Viendo que se movían los tapices,
«Una rata» exclamó; saca el estoque
E, ilusionado, mata al pobre viejo
Que oculto estaba allí.

REY.

[Funesto acto]

Tal me pasara á mí si allí estuviera.
 Su libertad á todos amenaza;
 A tí, y á mí, y á todos: ¿cómo puede
 Ahora explicarse hazaña tan sangrienta?
 Me culparán, pues mi deber mandaba
 Refrenar y poner á buen recaudo
 A ese jóven demente: lo impedía,
 No obstante, el gran cariño que le tengo;
 Y lo que á aquel me pasa, que padece
 Odiosa enfermedad que no divulga,
 Dejándola atentar á su existencia.
 ¿A dónde ha ido?

REINA.

A recoger el cuerpo
 Del que mató. Cual oro, que ligado
 Se halla á metales menos nobles, brilla
 Pura su alma en su demencia; y llora
 La ocurrencia fatal.

REY.

[Oh! ven, Gertrudis.
 Antes que el sol tras la montaña asome
 A bordo quedará: que acto tan fiero
 Con maña y el carácter que nos presta
 La autoridad real, debe explicarse
 Y ver de disculpar. ¡Guildestern! ¡Holá!

Vuelvon á entrar ROSENCRANTZ
 GUILDENSTERN.

Amigos, id: buscad quien os ayude:
 Que Hámlet, en un raptó de locura,
 Ha matado á Polonio; y el cadáver
 Desde la alcoba de su madre arrastra:
 Buscadlo, habladle; y conducid el cuerpo
 A la capilla: id, os ruego, al punto.
 (Váuse Rosenkrantz y Guildenstern.)
 Gertrudis, ven: nuestros amigos sepan
 Lo que ha ocurrido, y lo que hacer pensamos;
 Y veremos si así puede evitarse
 Que la calumnia, que recorre el mundo,
 Y que, cual bala que el cañon-arroja,

Destroza lo que encuentra en su camino.
 Hiera nuestro buen nombre, y que su fuerza
 Pierda en el aire invulnerable: vente,
 De espanto y dudas llena está mi mente.

ESCENA II.

Otra habitacion en el Castillo.

HÁMLET.

¡Bien estívado está!

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN.

(Dentro.) ¡Hámlet! ¡Altera! ¡Hámlet!

HÁMLET.

¿Qué ruido es ese? ¿quién llama á Hámlet?
 ¡Oh! aquí vienen.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN

ROSENCRANTZ.

¿Qué habeis hecho, señor, con el cadáver?

HÁMLET.

Hélo mezclado con lo que es: con polvo

ROSENCRANTZ.

Decidnos dónde está para llevarlo
 A la capilla.

HÁMLET.

No lo creais

ROSENCRANTZ

¿Crear qué?

HÁMLET.

Que siga vuestra opinión y no la mía. Además; ¡interrogarme una esponja! ¿Qué respuesta ha de dar el hijo de un Rey?

ROSENCRANTZ.

¿Me creéis esponja?

HÁMLET.

Si tal: te empapas en el favor del Rey! en sus dádivas; en su poderío. Por supuesto que estas gentes son las que al fin y al cabo sirven mejor al Rey, quien las coloca, como el mono, en un rinconcito de su buche: son su primer bocado, y lo último que tragan. Cuando necesite lo que hayas adquirido, no tiene más que exprimirte; y ¡oh esponja! seca quedarás otra vez.

ROSENCRANTZ.

No os entiendo.

HÁMLET.

Me alegro infinito: sutiles frases duermen en los oídos del necio.

ROSENCRANTZ.

Señor, tenéis que decirnos dónde está el cuerpo, y venir con nosotros á ver al Rey.

HÁMLET.

El cuerpo está con el Rey, pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey es una cosa....

GULDENSTERN.

¿Cosa?

HÁMLET.

Que no es cosa: vamos á buscarla. ¿quiere... esconder.

ESCENA III.

Otra habitación en el Castillo.

Entran el REY y acompañamiento

REY.

Ya lo he llamado, y el cadáver buscan;
¡Es peligroso en libertad dejarlo!
Mas no lo puedo restringir: lo ama
El fanático pueblo, que se inspira
En sus ojos, y no en su inteligencia;
Y, en casos tales, pesa los castigos.
Mas las ofensas no. Para arriedrarlo
Y suavizarlo todo, es conveniente
Que aparezca con calma preparada
Su marcha repentina: á grandes males
O remedios heroicos corresponden,
O nada hacer.

Entra ROSENCRANTZ

Y bien, ¿qué ha sucedido?

ROSENCRANTZ.

Señor, decir no quiero donde oculta
Está el cadáver.

REY.

Y él, ¿dónde se halla?

ROSENCRANTZ.

¡Ah! fuera custodiado á la órden vuestra.

REY.

Que venga, pues.

ROSENCRANTZ.

¡Eh! ¡Guildestern! que entre

Entran HÁMLET y GUILDENSTERN,

REY.

Y bien Hámlet, ¿en dónde está Polonio?

HÁMLET.

De cena.

REY.

¡De cena! ¿En dónde?

HÁMLET.

No donde cena, sino donde es cenado: un congreso de políticos gusanos ahora lo discute. Estos son los verdaderos emperadores de la alimentación: nosotros cebamos á los demás animales, para cebarnos despues, y servimos luego para engordar gusanos: el rey obeso y el escualido mendigo son diferentes manjares: dos platos para una mesa: eso es el fin.

REY.

¡Dios mío!

HÁMLET.

Un cualquiera puede pescar con el gusano que há comido de un rey, y comer el pez que comió ese gusano.

REY.

¿Qué quieres decir con eso?

HÁMLET.

Sólo demostrar cómo puede hacer camino un rey por las entrañas de un mendigo.

REY.

¿Dónde está Polonio?

HÁMLET.

En el cielo: mandadlo averiguar: si vuestro mensajero allí no lo hallare, id vos mismo á buscarlo al otro sitio. Pero, francamente; si no lo encontrais dentro de un mes, lo olereis al subir las escaleras de la galería.

REY.

Id; y buscadlo allí. (*A varios servidores.*)

HÁMLET.

Os esperará. (*Vanse los servidores.*)

REY.

Este hecho, Hámlet, necesario hace Para tu propia salvacion, que es cara Para mí, aunque al par la accion lamento Que has cometido, que de aqui te ausentes: Prepárate, así, pues; el buque pronto Se halla, y es el viento favorable: Tu séquito te espera, y todo listo Para Inglaterra está.

HÁMLET.

¿Para Inglaterra?

REY.

Sí, Hámlet,

HÁMLET.

Bien.

REY.

Si tal, si tú supieses
Los propósitos míos.

HÁMLET.

Estoy viendo
A un querubín que los está mirando.
Pero, corriendo: ¡vamos á Inglaterra!
Adiós, madre querida.

REY.

Tu querido
Padre, Hámlet.

HÁMLET.

¡Mi madre! ¡Padre y madre
Son marido y mujer; un cuerpo solo
Son marido y mujer; y así ¡mi madre!
¡Vamos, pues, á Inglaterra! *(Vase.)*

REY.

Cerca seguidlo; á bordo vaya al punto;
No os detengáis; de aquí esta noche salga
¡Idos que todo se halla preparado
Para el viaje; os ruego la memoria.
(Vase Rosencrantz y Guildenstern.)
Y tú, Inglaterra, si mi amor estimas,
Cual debes apreciar mi poderío;
Pues tienes aún abiertas las heridas
Que te inflirió dinamarquesa espada,
Y aún nos concede tu terror tributo,
No trates con tibieza nuestro encargo;
Y á las cartas atiende en que prescrita
Se halla de Hámlet la inmediata muerte.
Hazlo, Inglaterra, calentura tengo
De él en la sangre; á ti curarme toca:
Hasta saber que es hecho consumado,
Los goces para mí no han principiado.

ESCENA IV.

Una llanura en Dinamarca.

Entran FORTINBRÁS, un capitán y soldados
marchando.

FORTINBRÁS.

Id, capitán, y al rey de Dinamarca
Saludad en mi nombre; que se publica.
Fortinbrás, con arreglo á su permiso,
Atravesar sus reinos con su gente:
Sabeis dónde estamos. Si el Monarca
Verme quiere, yo iré mis homenajes
A ofrecerle en persona.

CAPITÁN.

Vuestra orden
Voy á cumplir, señor.

FORTINBRÁS.

Seguid marchando.
(Vase Fortinbrás y soldados.)

Entran HAMLET, ROSENCRANTZ y
GUILDENSTERN.

HÁMLET.

¿De quién es esa fuerza?

CAPITÁN.

De Noruega.

HÁMLET.

Decid, ¿contra quién vá?

CAPITAN.

Contra Polonia.

HÁMLET.

Y ¿quién la manda?

CAPITAN.

Fortinbrás la manda,
Sobrino del monarca de Noruega.

HÁMLET.

Decid, ¿va contra el reino de Polonia,
O contra una frontera solamente?

CAPITAN.

Para decir verdad desnuda y seca,
Vamos contra un pedazo de terreno
Cuyo valor es nominal tan sólo,
Pues si en arriendo á mí me lo ofreciesen
Cinco ducados, cinco, no daría.
Y no diera á Polonia ni á Noruega
Renta más alta, ni vendido á censo.

HÁMLET.

No lo defenderá, pues, el Polaco.

CAPITAN.

Está ya guarnecido.

HÁMLET.

Veinte mil hombres, veinte mil ducados,
¡Debatirán tamaña bagatela!
Es la postema de la paz y el augue
Que cunde interiormente, y que no indicaAl exterior la causa de la muerte
Del enfermo. Señor, os doy las gracias.

CAPITAN.

Con Dios quedad. *(Vase.)*

ROSENCRANTZ.

Señor, ¿estais dispuesto?

HÁMLET.

Al punto he de seguirus: id delante.
(Vanse todos, menos Hamlet.)
¡Como en mí contra los sucesos hablan,
Y mi venganza amortiguada excitan!
Y ¿qué es el hombre, si se ocupa sólo
En dormir, en vivir! No más que el bruto.
Quien nos dotó con tanta inteligencia,
El que todo lo ve, no nos ha dado
Este poder y esta razon divina
Para que faltas de uso se enmohezcan.
Ahora bien, sea por infame olvido
O escrúpulos cobardes, porque piense
Harto en aquel asunto—pensamiento
Que dará si en cuarteles se divide
De razon uno y tres de cobardía,—
Lo cierto es que la razon no hallo
Que me explique, por qué viviendo digo
•Esto se debe hacer,• habiendo causas
Y voluntad y fuerzas y maneras
Para poderlo hacer. Ejemplos tengo,
Grandes como la tierra, que me exhortan:
Este ejército aquí tan numeroso,
Por un príncipe imberbe dirigido,
A quien alienta la ambicion de gloria
Y así del porvenir audaz se burla.
Con lo perecedero é inseguro,
La muerte, la fortuna y el peligro
Afrontará por vana frustreria!
No consiste ser grande en no agitarse
Sino por causa grande; es, al contrario
En la más leve causa hallar motivo
De gran querrela si el honor lo exige.
¿Cuál es mi situación? Asesinaron
A mi padre, mi madre está sin honra
Estímulos del juicio y de la sangre,

Y los dejo dormir. En tanto miro,
 Para mi oprobio, veinte mil soldados
 Próximos á la muerte por un sueño,
 Por un día de gloria: ulanos marchan
 A su tumbo; guerrean por un trozo
 De terreno en el cual de pié no caben;
 Donde los muertos no podrán siquiera
 Enterrarse:—desde hoy mis pensamientos
 Serán ó nulos ó serán sangrientos.

ESCENA V.

Elsinor, habitación en el Castillo.

Entran la REINA, HORACIO y un caballero.

REINA.

No quiero hablar con ella,

CABALLERO.

In iste en veros;
 En realidad la embarga la demencia:
 Su estado inspira lástima.

REINA.

¿Qué quiere?

CABALLERO.

Mucho nombra á su padre; que ya sabe
 Que hay en el mundo engaños; y solloza,
 Y se golpea el pecho: por frioleras
 Se incomoda: tan vagamente habla,
 Que apenas se comprende lo que dice;
 Pero ese mismo desaliño hace,
 Pensar á quien la escucha, á quien sugieren
 Sus incoexas frases pensamientos,

Esto, unido á su acción, á lo expresivo
 De su semblante al pronunciar palabras,
 Que tiene ideas presumir nos hace.
 Vagas, mas por desgracia dolorosas.

HORACIO.

Bien fuera que le hablárais, porque puede
 En torpes almas infundir recelos.

REINA.

Que entre, pues. *(Vanse Horacio y Caballero.)*
 Lo más leve á mi alma enferma
 Cual prólogo de males aparece;
 En pecho pec dor así acontece.
 Procurando evitarlo, temeroso
 Se vierte al fin el crimen receloso.

Entran HORACIO y OFELIA.

OFELIA.

¿A donde está la majestad hermosa
 De Dinamarca?

REINA.

¿Como estás, Ofelia?

OFELIA.

Mi dulce amor, ¿dime, cómo
 Te podré reconocer?
 De peregrino y con báculo
 Y con sandalias vendré.

REINA.

¡Pobre Ofelia! ¿qué significa esa canción?

OFELIA.

Hablábais? no: os suplico que escuches.
 Se murió y se fué, señora,
 Se murió y se fué:
 El césped cubre su cuerpo;
 Hay una piedra á sus pies.

REINA.

¡Pero, Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blanco cual la nieve pura...
Entra el REY.

REINA.

Mirad á la infeliz.

OFELIA.

Un sudario lo envolvió,
Cubrieron su sepultura
Flores que el llanto regó.

REY.

¿Cómo estás, preciosa niña?

OFELIA.

Muy bien. ¡Dios os lo premie!... Dicen que la le-
chuza era hija de un panadero. ¡Válgame el Señor!
Sabemos lo que somos, pero no lo que seremos.
¡Dios os bendiga!

REY.

Desvaría por su padre.

OFELIA.

¡Por Dios! no hablemos de esto: cuando os pre-
gunten qué significa, decid:

Mañana que es día
De grande alegría,
Pues la víspera es de San Juan,
En hora temprana
Yo iré á tu ventana,
Que e-media serás mi galán.
Se hallaba dormido,

Max presto vestido,
Para abrirte la puerta, bajó,
Entró la cuitada;
Mujer deshonorada
Pensativa á su casa volvió.

REY.

¡Ofelia encantadora!

OFELIA.

¿De veras? No maldigais: voy á concluir.
De ti justo cielo
Reclamo consuelo
Y la Virgen su amparo me dé.
Causó mi desgracia
Tan sólo tu audacia,
Qu: inocente de ti me fié.
Cien veces dijiste,
Y alevó mentiste,
Que te ibas conmigo á casar.—
Y hubiéralo hecho
Si incauta á mi lecho
No me hubieras venido á buscar.

REY.

¿Cuánto tiempo ha estado así?

OFELIA.

Todo será para bien: debemos tener paciencia:
pero ¿quién no ha llorar al ver que lo colocan en la
tierra fría? Se lo diré á mi hermano; muchas gracias
por vuestros buenos consejos. ¡Que venga mi co-
chel! Buenas noches, señoras: buenas noches, ami-
gas mías; buenas noches, buenas noches. (Vase.)

REY.

Seguida y vigilada; os lo suplico.
(Vase Horacio)
De su profunda pena es el veneno
Y fuye por la muerte de su padre.
¡Oh, Gertrudis, Gertrudis! Las desdichas,
Cuando llegan, no vienen á una
Cual espías: en huestes se abalanzan.

La muerte de su padre; de tu hijo
La partida, y él solo, responsable
De su destierro justo: el pueblo todo,
Inquieto y murmurando por la muerte
Del infeliz Polonio: en descubierto
No otros por su entierro clandestino:
Privada de razón la polia y Ofelia,
Lo que nos hace autómatas ó brutos;
Y en fin, lo que es peor que todo ello,
Su hermano, que de Francis esta de vuelta,
De espanto lleno, entre tinieblas vive:
Ni faltan maliciosos que susurren
En sus oídos frases ponzoñosas
Acerca de la muerte de su padre;
Y la necesidad ha de inducirles,
La verdad ignorando, á que en secreto
Se me acuse quizás. ¡Gertrudis mía!
Esto es de disparo de metralla,
Morir herido de diversas muertes.

REINA.

¿Qué ruido es ese?

REY.

¿Dónde están mis suizos?
Las puertas custodiad.

Entra un Caballero.

¿Qué es lo que ocurre?

CABALLERO.

Salvaos, señor: no menos presuroso
Que asalta el mar la playa, á la cabeza
De un tumulto, ha arrollado á vuestra gente
Laertes en su furia impetuosa:
Rey le llama la turba; y cual si fuera
Hoy principio del mundo y despreciando
Lo que pasó, desconociendo el uso,
Pauta y sostén de todo lo que existe,
Exclaman: «Escogemos á Laertes
Por nuestro rey.» y manos y sombreros
Y palabras proclaman á las nubes
«Ha de ser rey Laertes; ¡rey Laertes!»

REINA.

¡Oh cuán gozosos en la falsa pista
Aullando van! La errásteis, falsos perros
Dinamarqueses.

REY.

Ceden ya las puertas.

Entra LAERTES, armado. Dinamarqueses lo siguen.

LAERTES.

¿Dónde está el Rey? Quedad fuera, señores.

DANESES.

Entremos.

LAERTES.

Yo os lo ruego.

DANESES.

Obedecemos. *(Se retiran.)*

LAERTES.

Gracias: guardad la puerta.—Rey villano,
¡Dame á mi padre!

REINA.

Calma, buen Laertes.

LAERTES.

Si hay una sola gota de mi sangre
Que en calma esté, bastardo me proclama,
Difama al padre mio, y en la pura
Inmaculada frente de mi madre,
El sello vil de prostituta estampa.

REY.

¿Por qué razón, Laertes, te presentas
En rebelion con tan gigante forma?—

Por mí no temas, no, Gertrudis miat
Celeste protección circunda el trono,
Y á la traición es sólo permitido
Impotente mirar lo que desea.—
Dí, Laertes, ¿por qué tan iracundo?—
¡Apartate, Gertrudis!—¿Jóven, habla!

LAERTES.

¿Dónde, decid, está mi padre?

REY.

Muerto.

REINA:

Mas no por él.

REY.

Pregunte cuanto quiera.

LAERTES.

¿Cómo murió? No admito subterfugios.
¡Lealtad, á los infieros! ¡Juramentos,
Con Satanás! ¡A los profundos vaya
Mi conciencia, mi suertel Audaz afronto
Hasta mi salvacion, Tal es mi estado:
Que este mundo ni el otro ya me importan,
Y, ocurra cuanto quiera, sólo ansío
De mi padre obtener feroz venganza.

REY.

¿Y quién te detendrá?

LAERTES.

Yo, ningun otro:

Y en cuanto á medios, aunque escasos sean,
Lejos iré con ellos.

REY.

Buen Laertes,

Al inquirir la muerte de tu padre
Que tanto amé, ¿va escrito en tu venganza

Que es tu deber medir con un raero
Idéntico al amigo, al enemigo,
Al que gana, al que pierde;

LAERTES.

Busco sólo

Sus enemigos.

REY.

¿Conocerlos quieres:

LAERTES.

A sus amigos abriré mis brazos:
Sabré, como el pelicano, mi sangre
Dartes por alimento.

REY.

Por fin hablas

Cual hijo cariñoso y caballero:
Tan clara cual la luz del mediodia
Es á tus ojos, quedará patente
Tu razon, que sobre mí no pesa
De tu padre la muerte que deploro.

DINAMARQUESA.

Dejadla entrar. (Dentro.)

Entra OFELIA.

LAERTES.

Mas ¿qué rumor es e-é!
Seca ¡oh calor! mis sesos. ¡Lanto amargo,
La sensacion consume de mis ojos!
Compensaré, lo juro, tu lecura
Con peso tal que quedará inclinado
Del lado nuestro el fiel de la balanza.
¡Rosa del mes de Mayo! ¡Amada vígen!
¡Querida hermana mia, dulce Ofelia!
¡La inteligencia, ¡oh cielos! de una jóven!
Es tan perecedera, cual la vida

Del anciano? El amor, si puro existe,
La parte más preciosa de su esencia
En pos exhala del objeto amado.

OFELIA.

Descubierto á enterrar lo llevaron.
¡Ay triste de mí!
Y su tumba con llanto regaron....
Adios, tórtolo mio.

LAERTES.

Si tuvieras
Tu razon, y á vengarme me incitaras,
Me conmovieras menos.

OFELIA.

Vamos, canta: la cancion de la rueda: que á com-
pás va la letra! El infame mayordomo fue quien ro-
bó la hija de su amo.

LAERTES.

Éstas vaguedades son más que discursos.

OFELIA.

(A *Laertes*.) Toma, romero: esto es para tus re-
cuerdos: reza, ama y recuerda; y toma: trinitarias;
esto es para tus pensamientos.

LAERTES.

Discreta hasta en su locura; auna los pensamien-
tos y los recuerdos.

OFELIA.

(A *El Rey*.) Tomad hinojo para vos y fumaría. (A
la Reina.) Y esta ruda para vos: y ésta para mí:
es yerba santa: ¡oh! os la colocareis de diferente
manera que yo. Ésta es una margarita: os hubiera
cogido violetas, pero se marchitaron cuando murió
mi padre: dicen que murió santamente.

El amante pechi-rojo
Es el ave de mi amor.

LAERTES.

A los pensamientos, á la afliccion, á la pasion, al
infierno mismo, imprime el sello de su dulzura y
encanto.

OFELIA.

¿No podrá jamás volver?
¿No podrá jamás volver?
No, que cadáver está:
Termine tu vida ya
Que ya no puede volver.
Blanca su barba de nieve,
Blancos sus cabellos son;
Pero ya se fue, se fue;
Mi llanto amargo enjugué.
Que Dios le dé su perdón!

Y á todas las almas cristianas, como yo se lo pide
á Dios. Que Dios os guarde. (*Vase*.)

LAERTES.

¿No veis esto, oh Dios mio?

REY.

Laertes, no me niegues el derecho
De hablar á tu dolor. Elige al punto
Tus más fieles amigos: que nos oigan,
Y que juzguen despues entre nosotros.
Si, de modo directo ó indirecto,
Piensan que yo he faltado, el reino mio,
Mi corona, mi vida, cuanto tenga
Como compensacion he de entregarte;
Pero, si así no fuese, es necesario
Que tu adhesion me otorgues: de este modo
Trabajaré con tu alma de consuno
Para satisfacerte.

LAERTES.

Que así sea:
Su modo de morir; su eculto entierro,
Sin trofeos ni espada; sin escudo
Su tumba; ningun rito ó ceremonia;
Esto como si voz del cielo fuese

Que lo pide á la tierra, está clamando
Aclaracione; y aclararlo es justo.

KEY.

Lo aclararás; y la justicia alcance
A aquel que ha delinquido en este trance.
Sígueme; yo te ruego.

ESCENA VI.

Otra habitacion en el Castillo.

Entran HORACIO y un criado.

HORACIO.

¿Quiénes son los que quieren hablarme?

CRIAO.

Marineros; dicen que os traen cartas.

HORACIO.

Que entren. (*Vase el criado.*) No sé quién, de parte alguna de este mundo, pueda escribirme; como no sea su alteza Hamlet.

Entran marineros.

PRIMER MARINERO.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vos igualmente.

PRIMER MARINERO.

Así sea: si os llamais Horacio, como me han dicho, esta carta es para vos; la envía el embajador que iba á Inglaterra.

HORACIO.

(*I. ec.*) Horacio: Cuando esto leas, trata de que estas gentes lleguen al Rey; le llevan cartas. Antes de dos dias de navegacion, un bajel pirata, de guerra apariencia, nos dió caza. Viendo que no podiamos huirle, hicimos de tripas corazon: y en la lucha lo abordé: en ese instante, ambos buques se separaron, y yo solo quedé hecho prisionero. Me han tratado como ladrones misericordiosos; pero sabian bien lo que se hacian, pues ahora estoy obligado á servirles. Que reciba el Rey las cartas que le envío; y ven á verme con la prisá que se tiene en huir de la muerte. Palabras te diré al oído que te harán enmudecer; pero leves en demasia comparadas con el ánimo de los sucesos que revelan. Esta buena gente te conducirá donde yo me encuentro. Rosencrantz y Guildenstern siguen su viaje á Inglaterra; mucho tengo que hablarte de ellos. Adios. Quien es, como sabes, tuyo, Hamlet. Venid, yo alianaré vuestro camino para entregar las cartas de seguida, con tanta más premura, porque quiero ver á quien os las dió.

ESCENA VII.

Otra habitacion en el Castillo

Entran el REY y LAERTES.

REY.

Mi absolucion sancione tu conciencia,
Y cual amigo admíteme en tu pecho,
Pues ya ha oído con juicio: calma,

Que el que á tu noble padre ha asesinado
Atentaba á mi vida.

LAERTES.

Así parece;
Pero, ¿por qué no castigásteis luego
Al criminal autor de estos desmanes,
Estando, como estábais, impulsado
A ello por la prudencia y vuestra propia
Seguridad á más de otros motivos?

REY.

Por dos razones, que quizás tú juzgues
De fuerza escasa, mas que á mi me obligan.
Su madre vive en él; y yo, ya sea
Por suerte ó por desgracia, de ella tengo
El alma y la existencia tan pendientes,
Que cual el astro invariable gira
De un centro en torno, en torno de ella giro.
Es la otra razón que me retrae
De dar publicidad á este suceso,
El grande amor que el pueblo le profesa;
Que en su cariño al sumergir sus faltas,
Cual fuente que la leña petrifica,
En gracias convirtió á sus errores.
Mis flechas, pues, consideré muy leves
Para tan fuerte viento, y me temía
Que atrás contra mi arco se volvieran,
Sin ir á donde yo las asestaba.

LAERTES.

Así, pues, he perdido á mi buen padre,
Y delirante está la hermana mía,
Cuyo valer, ¡oh inútil alabanza!
La envidia fué del universo entero:
¡Tal era de perfecta!—He de vengarme.

REY.

No te quite eso el sueño; ni imagines
Que yo soy tan estúpido ó tan blando,
Que pueda consentir que así el peligro
Mese mi barba, y que lo juzgue juego.
¡Pronto más te diré: yo amo á tu padre

Y te amo á tí: pensar por tanto debes....

Entra un mensajero.

¿Qué ocurre, di?

MENSAJERO.

Cartas, señor, de Hámlet
Á Vuestra Majestad: ésta á la Reina.

REY.

¿De Hámlet? ¿Quién las trajo?

MENSAJERO,

Marineros,
Se: un dicen, señor: no los he visto.
Claudio, que las tomó de quien las trajo,
Á mi me las ha dado.

REY.

Tú, Laertes,
Vas á oírlas leer. Déjanos solo.

(Vase el mensajero.)

(Lee.) «Alto y poderoso señor: Habeis de saber que
he desembarcado desnudo en vuestro reino. Mañana
pediré permiso para comparecer ante vuestros
reales ojos; y, luego que os haya pedido la vénia, os
manifestaré la razón de mi repentina y extraordinaria
vuelta.»

¿Qué es esto? ¿Han vuelto todos, ó es engaño?

LAERTES.

¿La letra conocéis?

REY.

Es la de Hámlet.
«Desnudo,» dice; y en posdata «solo.»
¿Qué me aconsejas tú?

LAERTES.

Yo nada alcanzo;
Pero que venga: alivia mi martirio

Pensar que he de vivir para decirte
Ante su mismo rostro: «tal has hecho.»

REY.

Pues si es así, Laertes, y es preciso
Que así sea, y no sea de otro modo,
¿Quieres guiarte por mí?

LAERTES.

Señor, en tanto
Que nunca me obliguéis á hacer las paces,

REY.

Contigo las harás. Si vuelve ahora
Huyendo del viaje, y ya no piensa
Emprenderlo otra vez, he de inducirle
A trance tal, que imaginado tengo,
En que es forzoso que rendido quede.
Ni el más mínimo h-lito de culpa
Por su siniestro (in cabrá á ninguno,
Y ha de llamar hasta su propia madre
Casualidad á la ocurrencia.

LAERTES.

Pronto
Me hallo á seguir vuestro consejo; acaso
Arreglarlo pudiérais de manera
Que á mi brazo cupiese dar el golpe.

REY.

Perfectamente. Grandes alabanzas,
En presencia de Hámlet de ti han hecho
Por una habilidad que dicen tienes:
Todas tus cualidades no han podido
Su estímulo excitar, y sólo esa,
Que es la que menos vale, le da envidia.

LAERTES.

¿Qué cualidad es esa?

REY.

Un mero adorno,
Que es útil á los jóvenes no obstante;
No menos cuadran en los verdes años
Brillantes y ligeras vestimentas,
Que cuadran con la edad y los achaques
Los mantos y las pieles. Há dos meses
De Normandía vino un caballero.
Ginetes hay en Francia; los he visto,
Pues yo mismo he luchado en contra suya:
¡Pero el galán que cito parecía
Cosa de encantamiento! ¿Qué fieza!
¿Qué modo de obligar á su caballo!
Al verlo, se creyera que era parte
Del espléndido bruto que montaba.
Llegó á sobrepujar con su destreza
Cuanto jamás imaginado había
Que era posible hacer.

LAERTES.

¿Era normando?

REY.

Normando, sí.

LAERTES.

¡Amold entonces era.

REY.

El mismo.

LAERTES.

Lo conozco íntimamente:
Es la nata y la flor de esa comarca.

REY.

Dijo te conocía; y de tal modo
Ensalzó tus proezas en el arte
De la propia defensa y tu maestría
Singular en el uso de la espada,

Que exclamó: ¡qué espectáculo tan bello
Fuera verle luchar con su pareja!
Y aseguró que esgrimidor ninguno
De su país tendría ante tu estoque
Ni vista, ni quietud, ni movimiento.
Pues bien, estos elogios de tal suerte
A Hamlet con la envidia envenenaron,
Que ha ansiado y suplicado que volvieras,
Unicamente por luchar contigo.
Con esto yo...

LAERTES.

Señor, ¿y qué con esto?

REY.

Dime, Laertes ¿a tu padre amabas,
O eres tan sólo del dolor la imagen.
Sin corazón que sienta?

LAERTES.

No os alcanzo.

REY.

Que amabas a tu padre no lo dudo;
Mas sé por experiencia que aunque el tiempo
Suele engendrar amor, el tiempo logra
Su fuego al aclarar: es inherente
Del amor a la llama que en su centro
Haya un pábulo o clavo que la gaste:
Nada en un mismo estado permanece:
La salud excesiva degenera
En plétora, y acaba por sí misma.
Todo aquello que quiero que se haga,
Debe hacerse al instante que lo quiero;
Porque «ese quiero» cambia y se amortigua
Y en relación precisa se detiene
De las lenguas, las manos y sucesos
Con que tropieza; y luego es «el debiera»
El suspiro del prodigo, que punza
Al lanzarse.—Mas, la úlcera toquemos:
Hamlet está de vuelta: tú ¿qué harías
Para mostrar en hechos, no en palabras,
Que en verdad eres hijo de tu padre?

LAERTES.

¿degoillára aún en la misma iglesia

REY.

No debe hallar santuario el asesino
Ni barrera ponerse a la venganza.
Pero, Laertes, sigue mi consejo:
Enciértrate en tu cuarto. Cuando venga
Hamlet, haré que sepa que volviste:
Yo le enviaré quien tu destreza alabe,
Para aumentar el brillo de la fama
Que aquel francés te dió; yo, en un deseo
Poneros frente a frente y que luches:
Aturdido inocente y conñado,
No verá las espadas; y así es fácil
Con mediana destreza, que tú escojas
Una que esté con puntal y, en un pase,
De tu padre te vengas.

LAERTES.

He de hacerlo:

Además untaré el estoque mio
Con mezcla que he comprado a un saltimbanco;
Tan sutil, que una gota solamente
Puesta en la punta de un acero, basta
Para matar si con la sangre toca;
Y no habrá medicina en este mundo
Para salvar a quien arañe sólo.
Extenderé en la punta ese veneno,
Y, aunque sólo lo toque, ha de matarlo.

REY.

Maduraremos este plan: se deben
Pensar las circunstancias y los medios
Que nos han de cuadrar: si acaso faltan,
Porque, en nuestra torpeza se trasluzca
El proyecto, más vale no intentarlo:
Así, pues, este plan es conveniente
Que esté ligado a otro, para evitarlo
En caso que el primero fracasara...
¡Callad vamos a ver. Apostaremos
Con gran solemnidad, ¿quién es quién vence...
Ya está:

Quando os halléis sedientos y cansados,
Para lo cual harda sea tu ataque
Todo lo más violento, y cuando pida
De beber, una copa preparada
Para el caso tendremos; y una gota
Será bastante á asegurar el logro
Del pretendido fin, en el supuesto
De no herirle tu hierro envenenado.

Entra la REINA,

¿Gertrudis, qué sucede?

REINA.

Desgracias tras desgracias se atropellan
En su marcha veloz; ahogada ha muerto
¡Oh Laertes! tu hermana.

LAERTES.

¡Ahoga! ¡Dónde?

REINA.

A orilla de un arroyo crece un sauce
Que copia en el cristal sus blancas hojas:
Digo allí con fanáticas guirnaldas
De col ejas, ortigas, margaritas
Y purpúreas orquídeas, que abejas
Llamán nuestras zagalas y distinguen
Con apolo grosero los pastores;
Y al colocar en las pendientes ramas
Sus coronas de yerbas, cruel renuevo,
Al desgarrarse, sus trofeos y ella
Precipita en la rápida corriente:
Su ropaje, extendido sobre el agua,
La sostuvo algun tiempo, cual sirena
Allí flotando; y en aquel momento
Trozos de antiguas coplas repetía
Qual si no conociera su peligro;
O cual criatura, que nacido hubiese
En aquel elemento pero pronto,
Mojados sus vestidos, ya le pesan,
Y mientras canta á la infeliz sumergen,
Su tumba hallando en el inundo lleno.

LAERTES

¡Ahogada, ay Dios!

REINA.

¡Ahogada, sí, ahogada!

LAERTES.

¿A qué aumentar las aguas de ese río
Con las lágrimas mías, pobre Ofelia?
Mas, son ineludibles, sin embargo,
Pese á nuestra soberbia: cuando cesen
Terminará mi femenil flaqueza.
Adiós, señor, de fuego es el discurso
Que os hiciera, y en llamas cundiría
Si mi llanto pueril no lo apagara. (Vase.)

REY.

Tras sus huellas, Gertrudis, seguiremos,
¡Cuánto tuve que hacer para calmarle!
Temo que nuevamente se enfurezca:
Sigámosle así, ¡uecs.